

# LA EDUCANDA.

PERIODICO DE SEÑORITAS.



Los artículos contenidos en este número son propiedad.

**SUMARIO.** Educacion moral, por doña Micaela de Silva.—Cartas familiares, por doña Angela Grassi.—Viajes, por Sara.—Francisco y Roberto [continuacion], por doña Josefa Estevez de G. del Canto.—El Cazador furtivo [continuacion], por doña Micaela de Silva.—Correspondencia, por una Colegiala en vacaciones.—**GRABADO:** *Versalles.*

## EDUCACION MORAL.

### FORTUNA Y DESGRACIA.



**Q**UÉ fortuna!! oirémos esclamar al decir que una persona es feliz, segun el mundo, porque goza de grandes riquezas, honores y poderío, deslumbra con su fausto, nada en los placeres, satisface sus caprichos, recibe los homenajes del gran mundo, y todo en fin contribuye á lisonjear su vanidad, y á excitar en los demas una envidia la mayor parte de las veces injusta.

—Qué desgracia!! esclamamos al oír que otra carece hasta de las cosas que nos parecen mas necesarias, que vive llena de privaciones y trabajos, oscura y desdeñada por las gentes que solo se pagan de brillantes apariencias.

No obstante, si penetráramos en el fondo de las conciencias, modificaríamos nuestras opiniones, y acaso nos darian lástima los envidiados del mundo, y envidia los que solían excitar nuestra compasion.

Pues lo que llamamos bienes y males, suelen llevar trocados los nombres; la fortuna puede hacernos desgraciados, y la desgracia enseñarnos el camino de la felicidad.

La rosa es la reina de las flores, y si bien la vemos engalanada con brillantes atavíos, su trono está cercado de agudas espinas; la violeta por el contrario, es la mas humilde y oscura de las flores, apenas levanta su cáliz de la tierra, pero en cambio está llena de aroma y suavidad.

2.<sup>a</sup> ÉPOCA.

Estas dos flores pueden simbolizarnos el orgullo y la humildad, no la riqueza y la escasez de bienes, porque un rico bien puede ser humilde, así como hay pobres que son muy orgullosos, y el hombre orgulloso, cualquiera que sea su fortuna, nunca está satisfecho, y por lo tanto, nunca es feliz, porque la felicidad, como ha dicho una persona de gran talento, consiste en que uno se crea feliz, y no en que lo crean los demas.

Si la felicidad consistiera en la posesion de los bienes materiales, en la satisfaccion de nuestros caprichos y deseos, con sobrada razon diríamos que los bienes del mundo están muy mal repartidos, y esto á nuestro modo ver es falso, decirlo es ofender á la justicia reguladora que preside á los destinos de la humanidad.

No, hijas mías, no, Dios es soberanamente justo, y no ha colocado la felicidad en alturas inaccesibles para el mayor número de los humanos. Siempre habrá en el mundo pobres y ricos, felices y desgraciados, pero es un error gravísimo pensar que la fortuna es la dispensadora de los bienes, y que sin ella el hombre no puede ser feliz.

Cuéntase que un niño muy mimado á quien sus padres regalaban los juguetes mas preciosos que se fabrican en Alemania, y en seguida los rompía ó arinconaba con desprecio, solicitando nuevos y mas costosos regalos, lloraba una noche pataleando de coraje porque no podia conseguir el juguete que deseaba, y sabeis, niñas, cual era ese antojo, que todo el oro del mundo no hubiera bastado á satisfacer? pues era ni mas ni menos que la luna.

La historia del niño es la historia del hombre, que mas desea cuanto mas alcanza: hé aquí porque toda la riqueza del mundo no puede hacerle feliz.

Si en el mundo hay tantos desgraciados, es porque la mayor parte de los hombres buscan la felicidad.



dad donde no existe, la buscan en los objetos exteriores, es decir, fuera de sí mismos, y la fuente de la felicidad se halla en el fondo de nuestra conciencia.

Sed virtuosas, moderad vuestros deseos, cifrad vuestras ambiciones en el cumplimiento de vuestros respectivos deberes, y en cualquier estado y condicion sereis felices. No envidiando la fortuna de los demas, y conociendo cuán poco vale por sí sola, compadecereis al que tiene la desgracia de que toda su riqueza no baste para hacerle feliz.

Yo deseo poco, decia el gran San Francisco de Sales, y eso poco, lo deseo muy poco; hé ahí el secreto de la verdadera filosofía.

Concluirémos repitiéndoos las palabras de un escritor insigne que aconseja someter los bienes de la fortuna á la salud del cuerpo, el cuerpo al alma, y el alma á Dios, asegurándonos que por medio de esta gradacion natural, llegarémos á construir el edificio de una sólida y verdadera felicidad, ya nos halague la fortuna, ya nos persiga la desgracia.

MICAELA DE SILVA.

## CARTAS FAMILIARES.

### XIII.

*De Enriqueta á la Abuela.*

El jueves por la tarde paseándome por el jardín, oí que mis niños disputaban con calor, me acerqué, y casi á pesar mio, sorprendí su conversacion.

Como estaban en el cenador, los inocentes se creian solos, y que el follaje seria suficiente para apagar el eco de sus voces.

—No, decia María, cuya voz temblaba de cólera, no esperes que te perdone. Aunque me dices todo el oro del mundo no te perdonaria! Lo que has hecho es muy mal hecho. Guillermo te habia confiado el libro á tí, y tú no debias dárselo á una estraña.

—Pero Adriana no es una estraña, replicó Luis, es tu amiga!...

—Y sí que lo es, y sí que la quiero, pero no tanto para darla el libro, y hacer que luzca mas que yo!

Al oir estas palabras, el mal instinto de Luis se despertó al instante.

—Tienes razon, dijo, he hecho mal: yo no habia caido en ello! ¿Sabes que me va incomodando esa chica? Todos dicen que tiene tanto talento! Yo no se lo conozco! Ya verás á pesar del libro que mal responde esta noche! Y eso que es mas vieja que nosotros.

Un pájaro que hizo oscilar una rama les asustó, y ambos salieron despavoridos del cenador, quedando llenos de confusion al verme.

Yo no les dije nada.

La niña, á pesar de sus esfuerzos, estuvo de mal humor toda la tarde, y observé que cuando vino Adriana no se puso á su lado como de costumbre, permaneciendo mística y sombría en un rincon.

Adriana se habia encargado de hablar acerca de los espejos y relojes, y empezó de esta manera.

Los espejos, son tan antiguos como el mundo, solo que antes eran de metal. Las mujeres israelitas los tenían de cobre, y dedicaban tanto tiempo á contemplarse en ellos, que Moisés las mandó que los llevasen todos al templo, y con su material pudo fabricarse un enorme cubo.

Luego se hicieron de acero bruñido, y por último de oro y de plata, guarnecidos de piedras preciosas, y así los usaban en Egipto, en Persia, y sobre todo en Roma, cuyas altivas damas desdeñaban hasta los de plata, abandonándolos á sus esclavas.

En el siglo XIII se construyeron en Venecia los primeros de cristal azogado, y todavíase conserva en el Louvre, palacio de los Reyes de Francia, el espejo de Catalina de Médicis, cuya altura es solamente de un pié escaso, y tiene el marco de ébano.

El cristal se obtiene del mismo modo que el vidrio, haciendo fundir á un fuego muy vivo una mezcla de arena y de potasa, pero añadiéndole un poco de cal y de arsénico.

Cuando la materia está líquida, se la cuela, y se la derrama sobre unas tablas horizontales, igualándola despues con un rodillo, como se practica con cualquiera otra pasta. Cuando está fria, se la espolvoriza por encima con un poco de arena, y se la frota con otra plancha igual, para pulirla.

Por último se pega á uno de sus lados, por medio del mercurio, una hoja de azogue muy delgada, y la obra queda concluida.

¡Cuánto hubieran envidiado las orgullosas damas de Roma nuestros magníficos espejos de cuerpo entero, que tanto se han generalizado en esta época! Pasemos á los relojes.

Los primitivos pueblos del Oriente dejaban á su claro y brillante sol el cuidado de señalarles la division del dia; pero á medida que se fué estendiendo la civilizacion, y los hombres dejaron los campos para encerrarse en las ciudades, les fué preciso buscar otros medios mas exactos para determinar la duracion del tiempo, é inventaron los relojes de sol, que aun se conocen en nuestras rústicas aldeas.

Estos consisten en una superficie, sobre la cual se trazan algunas líneas, que van á parar á los números, y la sombra que va proyectando un cuerpo que está elevado, y suele ser una varita de metal ó de madera, es la que sirve para indicar la hora.



Pero estos relojes tenían el inconveniente de no servir de noche ni en los días nublados, y entonces un tal Escipion Nasca, construyó uno de agua, á imitación de los que usaban los caldeos.

Este es un instrumento formado de dos redomitas, colocadas la una encima de la otra, y de la superior va destilando el agua á la inferior, por medio de una pequeña espita. En la segunda solia haber un geniecillo, montado sobre un pedazo de corcho, el cual tenia en la mano una varita para que sirviese de indicador.

Mas tarde se inventó el de arena, máquina compuesta igualmente de dos redomitas transparentes, unidas por la boca. En la superior se contiene cierta cantidad de arena, que tarda en caer á la otra un determinado espacio de tiempo. Estos se usaron durante mucho tiempo en los monasterios.

Sin embargo, por muy ingeniosos que fuesen todos estos relojes, era imposible que señalasen las horas con entera exactitud, y por lo tanto fueron acogidos con transportes de entusiasmo los de ruedas, que aparecieron en el siglo IV.

El Papa Pablo I, hácia el año 760, regaló uno de estos al Rey de Francia Pepino el breve, y el Califa Haroun-al-Recid envió otro á Carlo Magno.

Un sábio monje, llamado Gerbert, que fué después elegido Papa, bajo el nombre de Silvestre II, inventó los relojes de resortes, llamados de campana.

¡Grande debió ser el asombro de todos los habitantes de las ciudades populosas, cuando desde lo alto de sus torres oyeron sonar magestuosamente las horas del día y de la noche, y sin duda se prosternarían de rodillas para bendecir á Dios, que se ha dignado confiar al hombre un rayo de su inteligencia divina!

Hasta entonces las ruedas estaban puestas en movimiento por medio de unas pesas suspensas á las cuerdas, y la invencion de Gerbert, que tuvo lugar en el siglo X, dió origen á los relojes de faltriquera, que aparecieron en Nuremberg á fines del siglo XV, llamados por esta razon en un principio: *huevos de Nuremberg*.

Cincuenta años mas tarde, Galileo descubrió la péndola.

Cuéntase que siendo muy jóven y hallándose en la Catedral de Pisa, su pátria, observó el movimiento regular de una lámpara, suspendida de la bóveda, y como no hay nada perdido para el génio, aquellas oscilaciones acompasadas le sugirieron la idea de la péndola, cuya invencion ha servido para esclarecer muchos puntos de física, que parecían antes oscuros á la humana inteligencia.

La péndola es un instrumento que consta de un peso suspendido de un alambre, sujeto en un punto fijo, de lo cual resulta un movimiento uniforme.

Un tal Huyghens la aplicó á los relojes, hacién-

dola servir de regulador, y á esta invencion se deben los de sobre mesa, llamados comunmente péndolas.

Por último, un relojero de Génova llamado Gruet, habiendo tenido la feliz idea de reemplazar las cuerdas de tripa por otras de acero, elevó el complicado mecanismo de los relojes al grado de perfeccion en que se encuentra.

Adriana se detuvo, y yo me apresuré á felicitarla.

—¡Tan poco! murmuró María.

—Yo acabaré de entretener la velada, respondí, contando una breve, pero triste historia, que no es ajena á la historia del reloj.

Los niños se agruparon para oirme, y yo empecé en los términos que diré á Vd. en la siguiente.

ANGELA GRASSI.

## VIAJES.

### CARTAS Á UNA NIÑA.

#### XXIII.

Nada mas pintoresco que los alrededores de París, sobre los que han derramado juntamente todos sus caprichos y todas sus maravillas la naturaleza y el arte.

Por el ferro-carril del Oeste de la orilla izquierda del Sena, boulevard Mont-parnasse, trasladéme en treinta y cinco minutos á Versalles, aldea oscura en tiempo de Luis XIII, convertida en sitio real por Luis XIV, en cuyo palacio, de celebridad europea, terminado en 1672, fijó su residencia, abandonando París á la magistratura y á la clase media.

Su exterior nada ofrece de notable esceptuando el patio de entrada; en el interior, convertido en museo histórico por Luis Felipe, suspenden el ánimo por su grandiosidad y los recuerdos que despiertan, el salon de los Relojes que debe su nombre á uno de Pasmant que marca el estado del cielo, las fases de la luna, el curso de los planetas, los días, los meses y los años; el de las Cruzadas, enriquecido por Luis Felipe con una coleccion de cuadros que compendian su historia; el de los Estados generales, en el que estuvo antiguamente el teatro; el de Hércules, que es la antigua capilla en la que Bossuet dijo delante de Luis XIV y en medio de su corte *Solo Dios es grande*; el de la Consagracion; el de Diana; el de Apolo, antes del Trono, donde recibió Luis XIV á los embaajadores de Siam y al de Persia; el gabinete, al pié de cuya escalera hirió Damiens á Luis XV en 1757 en el instante en que subia á su carruaje; el comedor y la

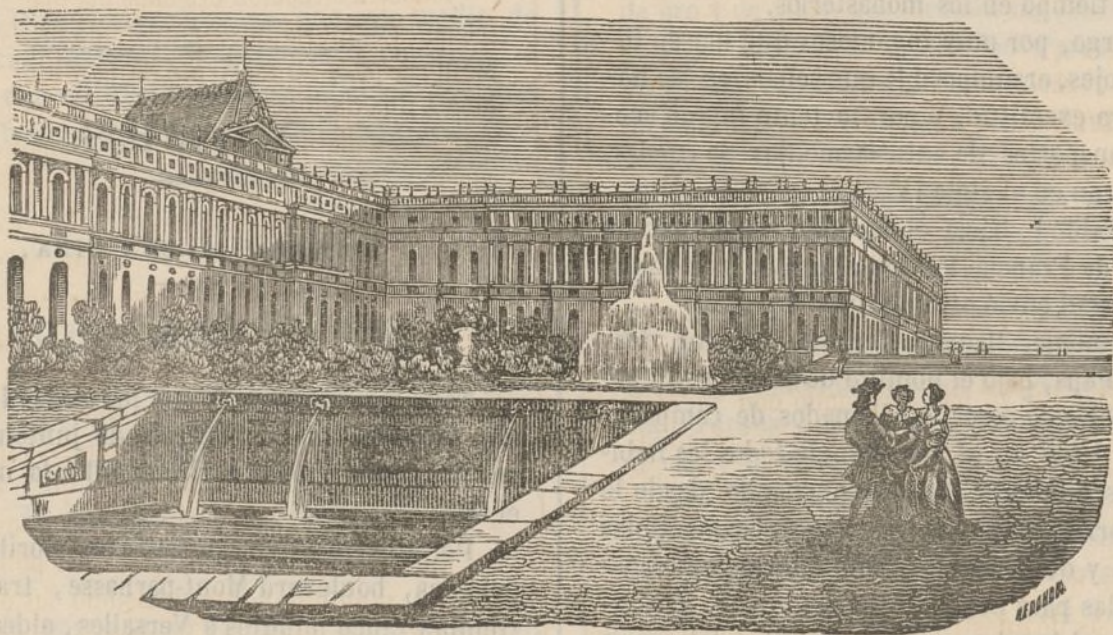


alcoba de Luis XIV (en el primero recibió muchas veces á Moliere, complaciéndose en hacerle plato, lo que desesperaba á sus cortesanos), y por último los pequeños aposentos (*petits appartements*) de la infortunada María Antonieta. En el piso bajo del cuerpo central están, y son también muy recomendables, los salones de los Almirantes, Condestables y Mariscales de Francia; en el ala del Sur, en el piso bajo, la galeria de Napoleon y la de escultura, y en el primer piso la de las Batallas y el Salon de 1830, y en el ala del Norte el teatro, que es verdaderamente régio, mandado construir por Luis XIV para complacer á la Pompadour, que no le vió estrenar. En él se celebró el famoso banquete de los Guardias de Corps, tan fatal para Luis XVI, desde cuya época el palacio

mero de Bouchardou y el segundo de Lemoine. Sus aguas se elevan á 85 piés de altura en una gran estension.

El brazo septentrional del canal que se extiende al Oeste de los jardines, toca casi en el Gran Trianon, cuyo palacio está á 15 minutos al Noroeste del Terrado de Versailles, y que fué construido por los planos de Mausard, también en el reinado de Luis XIV. Solo tiene un piso; entre los objetos y muebles que adornan su interior descuellan una copa de malaquita, regalada por el emperador Alejandro á Napoleon, y una coleccion de cuadros y retratos notables por mas de un concepto.

No debe abandonarse Versailles sin visitar el Museo de carruajes históricos que contiene todos los que



Versalles.

de Versailles dejó de ser morada de los reyes de Francia.

Tal como los trazó Le-Notre, el célebre jardinero de Luis XIV, se conservan los jardines de Versailles, que despues de recorrer los de la Granja no me han parecido que responden á la reputacion de que gozan. El parterre del Norte y el del Mediodía son magníficos; al lado de las escaleras hay dos fuentes, la de *Diana* y la del *Amanecer*, y á su pié la de *Latona*, que es una de las mas notables, así como las estátuas que la circundan las mas celebradas. Las fuentes de los lados de los parques no tienen importancia sino cuando echan agua, lo que tiene lugar el primer domingo de cada mes, desde Mayo hasta Octubre; de tres á cuatro corren las secundarias, y á las cinco las principales (*les grandes eaux*), entre las que figuran en primer término la de Neptuno, que es inmensa, distinguiéndose en ella tres grupos; Neptuno con Anfitrite á la izquierda, rodeada de ninfas y mónstruos marinos; Proteo y el Océano, el pri-

han servido en las ceremonias, desde el primer Imperio hasta el del bautismo del Príncipe imperial, y el juego de pelota, donde en 1789 se reunió la Asamblea nacional.

También por el ferro-carril del Oeste de ambas orillas del Sena se va á Saint Cloud, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos. En los primeros años del reinado de Luis XIV pasó á poder de la familia de Orleans, y en esta época se levantaron en gran parte las construcciones del palacio y se trazaron los jardines por Le Notre, en un terreno accidentado y pintoresco. El duque de Orleans le cedió en 1784 á María Antonieta, y en 1789 pasó sobre él la revolucion devastándole como un torrente. Luis Felipe le devolvió su antiguo esplendor, y hoy es la residencia favorita de verano de Napoleon III.

El palacio, que está situado al extremo de una magnífica avenida en cuesta, consta de nueve aposentos, entre los que merecen citarse el salon de Diana y el de Marte, el de Luis XIV y el de los Príncipes, y las



galerías de Diana y de Apolo. Adornan sus paredes cuadros de Miguel Angel, Rubens, Lesueur y Mignard. Los jardines abrazan una estension inmensa y no tienen la monotonía regularidad de los de Versalles. Entre sus fuentes ocupan el primer lugar la cascada, toda de piedra, y el surtidor gigantesco que arroja una columna de agua á 125 piés de altura sobre el nivel de la taza.

Otro día visitaremos á Sevres, notable por su fábrica de porcelana, Saint Germain, Saint Dionis, Vincennes, Sceaux, Fontainebleau y Compiègne, donde la corte, desde el advenimiento al trono de Napoleón III, va á disfrutar todos los veranos de los placeres de la caza.

SARA.

## FRANCISCO Y ROBERTO.

Continuacion.

Las palabras de Lucila, su tristeza y su abatimiento me causaron una dolorosa impresion, porque á mi pesar conocia que yo habia ayudado con mi ejemplo y mis consejos á la perdicion de la pobre niña. La dije que yo tambien estaba arrepentido, y que como ella solo anhelaba obtener el perdón de nuestra madre, pero que para volver á España necesitábamos dinero, porque habiamos gastado mucho sin prever las consecuencias de nuestro despilfarro, y empezábamos á carecer de recursos. Despues de haber reflexionado por primera vez, pues hasta entonces no lo habiamos hecho, porque la luz de la razon habia iluminado demasiado tarde nuestro cerebro, nos decidimos de comun acuerdo á escribir una carta á mamá, lo que todavía no habiamos hecho desde que salimos de Madrid, rogándola que nos perdonase, confesándola nuestros errores y nuestro arrepentimiento, y pidiéndola algunos recursos para volver á España. ¡Cuál seria nuestro dolor cuando despues de haber pasado largo tiempo en la mas cruel incertidumbre, recibimos una carta de un pariente lejano y único que teniamos en Madrid, el cual nos decia que nuestra madre habia muerto de pesar, y que lo poco que poseiamos habia sido vendido para pago de acreedores. «Vuestro infuero proceder (concluía diciendo en su carta) ha quitado la vida á vuestra madre, la que por amarnos demasiado os dejó derrochar un capital respetable, y por consiguiente no mereceis que se os tenga compasion, y sois dignos de la miseria que vosotros mismos os habeis buscado. Yo no soy rico, y por consiguiente en nada puedo ayudaros. No me escribais á Madrid, porque mañana salgo para América;

voy á reunirme á mi familia, familia que antes era la vuestra, pero que al verse deshorada por vosotros, desde hoy reniega de vuestro parentesco. El cielo os ayude.»

La dureza de esta carta y las tristes noticias que contenia nos hicieron derramar muchas lágrimas. Faltos de recursos para seguir pagando la habitacion que ocupábamos en la fonda, tuvimos que abandonarla para ir á habitar un mal cuarto interior en uno de los barrios mas retirados de París. Para amueblarlo y poder comer algunos días, vendimos nuestras mejores ropas y alhajas. Los que habian sido nuestros amigos en los placeres, no lo fueron en los dolores, y nos volvieron la espalda en cuando conocieron que éramos pobres.

Nuestra situacion era cada día mas apurada y, qué hacer? Yo queria buscar un modo de ganarme la vida, siquiera para no morirme de hambre, pero qué empleo habia de buscar, á qué oficio me habia de dedicar si yo nada habia aprendido, si apenas sabia leer y escribir, y entendia muy poco el francés? Mi hermana, aunque queria no podia ayudarme, porque como yo, ni estaba acostumbrada al trabajo, ni sabia ninguna de las labores y habilidades que saben otras mujeres, y con las cuales en un caso apurado pueden ganarse el sustento. ¡Oh! cuánto me acordé en aquellos angustiosos días de las veces en que siendo niño me decias entusiasmado.—Quiero estudiar, quiero aprender mucho: dice mi maestro que no se debe envidiar á los ricos en dinero, sino á los ricos en ciencia, porque los ricos pueden llegar á ser pobres, y si además son ignorantes, qué consuelo les queda en este mundo?

En frente de nuestra casa vivía un carpintero, el cual tenia dos hijos de trece á catorce años, los cuales seguian el mismo oficio de su padre. Todas las veces que salía á la calle pasaba por delante de su tienda, y los veia trabajando con afán, ya serrando madera, ya pulimentándola, y siempre cantando y disputándose el placer de ayudar á su padre. ¡Oh, que contraste formaba aquella pobreza gozosa con mi pobreza llena de remordimientos! La tienda del carpintero me recordaba la tienda de tu padre y mi casa de Madrid, y muchas veces embebido en los dulces recuerdos de mi niñez llegaba hasta la puerta del carpintero con intencion de decir como en otro tiempo, «Juanita, Francisco, quereis subir á jugar con nosotros;» pero las alegres voces de sus hijos cantando en un idioma que no era el mio, me recordaban mi verdadera situacion, y entraba en mi casa con los ojos llenos de lágrimas y el corazón oprimido.

Lucila cayó gravemente enferma, y llegó un día en que no pudo levantarse de la cama.

—Roberto, me dijo con voz dolorida, voy á morir, y no lo siento, porque la muerte es ya la única dicha que me espera en este mundo. Merezco todas



las desgracias que he sufrido, porque con mis locuras he deshonrado nuestro apellido y he quitado la vida á la mejor de las madres. Dios es misericordioso y espero que me perdonará en gracia de mi arrepentimiento y de la confesion sincera que he hecho de mis culpas en el sagrado tribunal de la penitencia.

Yo traté de animarla diciéndola, que no estaba tan mala como pensaba; pero sus dolencias se fueron agravando de día en día, y con ellas acabaron de agotarse todos nuestros recursos ¡Ay, Francisco, apenas tengo valor para acabarte de referir nuestra desdicha. Lucila, aquella niña hermosa y altiva que había dormido siempre en un lecho de plumas, entre batistas, encajes y damascos, fué á morir en el miserable lecho de un hospital, siendo á no dudarlo esta última desgracia la que aceleró su muerte! Pobrecita! Dios la habrá acogido en su seno, porque segun me refirió la hermana de la Caridad que la asistió en sus últimos momentos, su arrepentimiento, su resignacion y su fé en la misericordia del Señor no la abandonaron un solo instante, hasta que entregó su espíritu.

(Se continuará.)

JOSEFA ESTEVEZ DE G. DEL CANTO.

## EL CAZADOR FURTIVO.

Continuacion.

Esto le desazonó en términos que poco le faltó para llorar; la ausencia de la Emperatriz echaba por tierra sus esperanzas; la duda, el temor y la pena de haberse fatigado en valde, le pusieron de un humor desesperado; hubiera querido retirarse, pero la gente se remolinó detrás de la comitiva, y quieras ó no quieras le hizo seguir hasta la capilla de Bourg, donde la procesion entró á las doce y media.

A fuerza de reniegos y empujones logró por fin escaparse del concurso; harto de la funcion, volvíase asaz mohino y cabizbajo en busca de la posada, cuando por dicha tropezó de manos á boca con el mesonero.

—Olá! buen amigo, exclamó éste al ver á su cariacontecido huésped. Cómo es eso? Vais de retirada ya? pues no deseabais ver á María Teresa?

—Ya se vé que lo deseaba, contestó el cazador refunfuñando, pero no la he visto.

—Ni yo tampoco, repuso el mesonero; cómo habíamos de verla si no ha salido todavía.

—Cómo! Qué dices?... Exclamó el lugareño, cuya fisonomía se iluminó repentinamente; yo creí que la procesion había terminado. No ha entrado ya en la iglesia?

—Esa es la procesion religiosa, pero faltan las cabalgadas, y en ellas es donde va María Teresa.

—Diantre! y me iba yo sin verla! exclamó el lugareño, recobrando su esperanza y con ella el buen humor.

—Ea, pues veníos conmigo, y os prometo que vereis, no solo á nuestra Emperatriz, sino otras muchas cosas buenas.

En un santiamen llegaron á la plaza y se colocaron en primera fila, esperando el uno entregar su memorial, y el otro gozar con la sorpresa del lugareño, al ver un espectáculo, que como él decia, solo en Brujas podia verse, porque solo allí sabian hacerse las cosas en regla.

—Ya vienen las cabalgadas, ya vienen! comenzaron á gritar los muchachos, que siempre se las componen de modo que ven las cosas primero que los demás.

Efectivamente, al poco rato empezó á desfilar aquella estraña procesion que no se sabia si era religiosa ó pagana, devota ó burlesca, porque de todo tenia un poco.

Abria la marcha una tropa de músicos á caballo, precedida por la Fama, que iba tocando el clarin, acompañada de los ángeles custodios de Brujas; seguia un carro, que segun dijo el posadero, le habian equipado los de su gremio, y representaba la casa de Zaqueo, á quien cupo la dicha de hospedar al Salvador del mundo; detrás iba San Lúcas montado sobre un toro con alas, emblema ó alegoría inventada por los libreros; seguíale San Victor, armado de punta en blanco, por los molineros. Un enorme pelicano era el emblema de los panaderos, trás él venian el águila de los albañiles y el cisne de los manguiteros, cuyas torneadas pantorrillas hubieran envidiado algunos pollos ó mozalvetes de nuestro siglo.

Es de advertir que todos aquellos plumíferos habian nacido sin alas, y así como los animales que andaban en cuatro piés, estaban representados por otros que tenian un derecho imprescriptible á caminar en dos, por lo que á cada descanso que hacia la procesion, poníanse en pié con gran contentamiento suyo y de los espectadores; y así mientras los unos descansaban en mas cómoda postura, los otros se desternillaban de risa mirando la facha tan rara que hacian.

Perdonad, queridísimas lectoras esta digresion, siquiera en gracia de la claridad que os suministra, porque sin ella, difícilmente comprenderíais que un cisne pudiera tener mas pantorrillas que vuestros melífluos adoradores.

Trás el cisne venia el avestruz, de los herradores, que por cierto era paticorto, defecto que no suelen tener los avestruces; cerrando la marcha de los bípedos alados iba el ruiñón, de las lavanderas, gorjeando á favor de un silbatillo que tocaba disimuladamente.

En pos de los plumíferos venian los cuadrúpedos,



á cuyo frente caminaba el buey, de los curtidores, cuyas patas delanteras, es decir, las del buey, eran menos ágiles que las de atrás, de modo que á lo mejor estas pisaban á las otras; seguíanle por su orden el ciervo, de los fabricantes de correas; el leopardo, de los carniceros; el argentado leon, de los plateros; el tigre, de los cirujanos; el elefante, de los plomeros; el cocodrilo, de los cobreros; el rinoceronte, de los comerciantes; la ballena, de los pescadores, y el licornio de los boticarios, mónstruo cuya forma no acertamos á describir.

Lindísimo era el emblema de los jardineros; éste consistía en un carro cubierto de flores, y del cual pendían multitud de guirnalda; seguía el de los fruteros, que representaba un jardín con árboles frutales; el tercer carro remedaba un plantío de tabaco, éste le habían equipado los espendedores de dicha planta, que ya por entonces tenía muchos aficionados; el cuarto representaba una isla poblada de salvajes, este ingenioso emblema le habían discurrido los fabricantes de ropas hechas: no menos ingenioso era el de los toneleros, en el cual iba el hijo de Seméle, montado encima de una cuba, y rodeado de silenos y amorcillos.

Bernardo, que todo se volvía ojos, lo divisó á lo lejos, y señalando al mofletudo mancebo que hacia el papel de Baco, preguntó á su *cicerone*, es la Emperatriz, verdad?

—Estais loco? repuso el mesonero, indignado al oír semejante suposición; se os figura que la Emperatriz lleva una corona de hojas de viña, y que su trono es una cuba?

—Como no veo mas carros: dijo el cazador temiendo llevarse otro chasco como el pasado.

—Paciencia, hombre, paciencia, todavía falta mucho que ver; ya os lo tengo dicho, aquí hacemos las cosas en regla. Eh: qué tal? no tengo razón?

—Confieso que no esperaba tanto; estoy aturrido, dijo el lugareño, pero si he de ser franco, me permitireis que os diga, que para un solo día de placer se malgasta mucho dinero.

—Malgastar! Eh? repuso el mesonero con sarcasmo, á buen seguro que no dirán eso los obreros, los mercaderes, los fondistas, los alquiladores de caballos, etc., etc.; en estos quince días circula el dinero que es una maravilla, y no es Brujas quien le pierde... Pero alerta que asoma por allí el Bayardo.

El Bayardo era un caballo mónstruo, en el que venían montados los cuatro hijos de Aymon, seguidos del magestuoso Germanus; era este un gigante á quien los brujenses habían bautizado con ese nombre en obsequio á los Príncipes que la casa de Austria solía mandar á Bélgica: le habían adornado los cervecedores; los traficantes en géneros ultramarinos habían equipado lujosamente á su esposa la gigante Fidelia, y los mercaderes de telas cuidaron de vestir con el ma-

yor lujo á su hija la hermosa Gloriana, rival en juventud y gracias de la infanta Flandrina, que venía tras ella seguida de su noble padre y antiguo rey de Flandes, llamado Grancianus: éste había sido el primero que plantó el lúpulo en aquella tierra.

Antiguamente, según dijo el instruido mesonero, detrás de los gigantes venían otros mónstruos mas terribles, á saber: los Siete Pecados capitales, representados por Lucifer, Manimon, Asmodeo, Belzebuh, Behal, Leviathan y Behemoh, pero aquel año se habían suprimido.

Lástima que la supresión no fuera real y efectiva, y ojalá se hubiera extendido á todos los años y países! esto solo bastaría para convertir al mundo en una balsa de aceite; entonces si que se realizarían las utopías de los modernos civilizadores.

La fé nos dice, que sin los méritos de Jesucristo ninguno puede salvarse, pero esos méritos se aplican solo al que pone de su parte la virtud ó el arrepentimiento. El Señor no dijo al hombre, yo te salvaré quieras no quieras; lo que dijo fué: «Yo soy la luz, el camino y la verdad, el que me ame que tome su cruz y me siga. Venid á mí los que os halleis oprimidos, y yo os aliviaré. Aprended de mí, que soy humilde y manso de corazón, y hallarán reposo vuestras almas,» porque mi yugo es suave y mi carga ligera.

Y como no es posible seguir á Jesucristo sin renunciar al pecado, vé ahí porqué si este desapareciera del mundo, los hombres todos serían muy felices y la tierra un paraíso anticipado.

No lleveis á mal, queridas lectoras, esta digresión; ya supongo que vosotras sereis mucho mejores que yo, y por lo tanto no habreis menester de mis sermones; pero no está demás recordar la doctrina evangélica, hoy día que los hombres la combaten con los hechos, y algunos con las palabras.

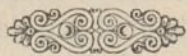
Pero vosotras, vosotras, que guardais pura la fé que os han transmitido vuestros mayores, sabreis transmitir á vuestros hijos ese depósito sagrado, y así os hareis beneméritas de Dios y de la patria.

Ahora ya es tiempo de reanudar el hilo de nuestra verídica y desaliñada narración; sabed, pues, que al frente de la segunda cabalgada, iba luciendo su destreza la compañía de gladiadores ó maestros de armas, llevando por caudillo nada menos que al glorioso arcángel San Miguel.

Seguíanles seis carros triunfantes, y en ellos iban representando algunos pasos históricos los niños de las familias mas principales de Brujas.

(Se continuará.)

MICAELA DE SILVA.





## CORRESPONDENCIA.

*Señor Director de LA EDUCANDA.*

Muy señor mio: Acabo de leer un artículo sobre *Vacaciones*, de la señorita de Silva, y disfrutando de ellas, aunque sospecho serán las últimas, estoy practicando lo que aconseja tan oportuna y acertadamente tan distinguida escritora.

Al salir con mis padres de esa corte detuvimos unos días en el Escorial, admirando la maravilla que elevó á Dios Felipe II, y llena el alma de la grandeza del Señor, contemplaba al atravesar en el ferrocarril el Guadarrama cuánta es la sabiduría del Creador, cuando representando el hombre menos que un átomo, piensa y ejecuta las colosales obras que enaltecen este siglo; y si son de gigantes las de la sierra que divide á ambas Castillas, son de titanes las de la division de los Pirineos, entre Olazagutia y Beasain, donde se atraviesa un túnel de tres kilómetros; y en todo el trayecto, que solo tiene 46 kilómetros, se pasan 23 túneles y colosales viaductos.

Si yo fuese una viajera como la intrépida alemana Ida Pfeiffer, que ha hecho ya su segundo viaje alrededor del mundo, lo que le ha valido sentarse en sociedades sábias de París, Amsterdam y Berlin, escribiría á Vd. las impresiones que me causan los sitios que recorro, aunque no las adornara con los cuentos que Dumas; pero aun no puedo decir que he salido del colegio, y solo debo limitarme á lo que ya he dicho á Vd.; esto es, á mostrarle que practico lo que se me aconseja en su ilustrado periódico.

Vivo en lo alto de una montaña: la ciudad de San Sebastian casi á los piés; al N. E. el Océano; al Oriente los Pirineos y los montes de Navarra, y al Sur los de esta provincia de Guipúzcoa: corre tambien al pié de esta montaña el Urumea por el encantador valle de Loyola, hasta desembocar en la mar, y corre á su lado tambien la locomotora, y le corta y le atraviesa marchando á Francia. Si ante tal espectáculo hubiese de espresar todo lo que siento, le confieso que no sé hacerlo, porque es tanto lo que se siente que no puede explicarse.

Contemplando la inmensidad del Océano no sé mas que estasiarme; y al considerar que su profundidad mas comun es de 300 á 400 varas, y mide 7,000 en algunos parajes, se comprende que sin esa inmensidad que cubre las tres cuartas partes del globo estarían comunicadas muchas naciones; así que lo que parece una dificultad al poder del hombre, no es sino un elemento que facilita las relaciones de los mas apartados países.

No causa menos asombro ese constante y misterioso flujo y reflujo, pues aunque se atribuye su influencia á la luna, porque guardan exacta relacion las mareas mas altas con los plenilunios, no sé que se haya averiguado la razon y verdadera causa de tan notable fenómeno, observado solamente en el Océano, pues apenas es perceptible en el Mediterráneo. Cada doce horas, y con cuarenta y tantos minutos de retraso cada vez, tiene lugar el prodijioso crecimiento ó subida de las aguas, que tardan seis horas en bajar y otras seis en subir.

He leído en un libro que, en algunos puntos y en algunas ocasiones está el agua del mar tan clara y transparente que se vé el suelo con tal claridad como si no tuviera delante mas que un cristal; se distinguen todas sus plantas y moluscos, y se vé toda la multitud de peces que habitan las aguas, siendo desconocidos en su mayoría; y nada demuestra mejor la inmensa grandeza del mar que esa profusion de habitantes, que desde la colosal ballena á la diminuta anchoa le llenan por todas partes.

Y si es asombroso el reino animal, no lo es menos el vegetal, al ver que el coral que constituye uno de los adornos que tanto nos agradan, y de que tanto uso hacemos, es una planta que el hombre en su atrevimiento arranca del fondo del mar.

Oh! si yo supiera enumerar sus maravillas, si yo las comprendiera todas! pero es demasiado limitada nuestra inteligencia. De una ostra sale la perla, de las conchas y caracolas de la India se hace el nacar, y apenas hay en el mar cosa que no sea útil.

Pero me he estendido demasiado hablando del mar, y si á Vd. place le diré algo otro dia de lo que se nos invita á estudiar, y que lo estudio porque en ello, ademas de lo que se aprende se recibe una satisfaccion indecible, y se ama mas á Dios.

UNA COLEGIALA EN VACACIONES.

*San Sebastian, 1864.*



*Por lo no firmado*

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

*Editor responsable: D. LEON MORAN.*

MADRID.—1864.

IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.